

El capítulo cierra con una nota breve sobre la naturaleza más superficial del espacio: la descripción. Aunque se trata de un apartado de corta extensión (pp. 151-156), el balance final de las estrategias de construcción espacial relacionadas con los aspectos narrativos deja un buen sabor de boca. Aquí, Xiomara Luna mide la incidencia de los tópicos en relación con el tipo de aventura y demuestra que “el espacio presenta un mayor grado de convencionalismo cuando el personaje se limita a actuar funcionalmente” (p. 152); de ahí que las aventuras troncales presenten un espacio menos estereotipado que las aventuras secundarias. En todo caso, como se había anunciado en el capítulo anterior, la descripción espacial apenas ocupa un lugar modesto en el discurso literario, del que mucha culpa tiene el público conocedor de los temas y al que poca falta haría instruir en la fachada de un palacio o la oscuridad de un bosque. Como apunta Xiomara Luna, son muchas las ocasiones en las que una palabra basta para describir un lugar y sus implicaciones; en el devenir de la sesión de lectura en voz alta “las palabras ‘bosque’, ‘corte’ o ‘fuente’ funcionaban como centros de imantación semántica (cargados con significados culturales e intertextuales)” (p. 154), de modo que sería el receptor quien tendría la tarea de “reconstruir, a partir de su ubicación en el texto y de los personajes que en él aparecen, una atmósfera y unos sentidos que completaban el espacio narrativo” (p. 154). En el capítulo final (“Conclusiones”, pp. 157-163), la autora ofrece una síntesis razonada de todo el trabajo, con especial insistencia en los rasgos de originalidad del *Baladro*.

Este trabajo de Xiomara Luna representa una investigación rigurosa de los aspectos más originales del *Baladro* en cuanto se refiere al tratamiento del espacio; la novedad del acercamiento hay que buscarla en sus bases hermenéuticas, cuyo potencial se desarrolla plenamente frente al esquemático análisis de tópicos en el que pudo convertirse. Por el contrario, en “*El baladro del sabio Merlín*”. *La percepción espacial en una novela de caballerías hispánica*, la autora ha sabido enhebrar sabiamente predicados teóricos y filosóficos en una rica trama de análisis minuciosos sobre la percepción del espacio cuyo modelo, sin duda, alentará investigaciones futuras sobre el tema.

ALEJANDRO HIGASHI

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

CRISTINA CASTILLO MARTÍNEZ (ed.), *Antología de libros de pastores*. Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2005; 529 pp.

En un esfuerzo por dar a conocer un compendio de obras pertenecientes a un género poco atendido dentro de la ficción de los Siglos

de Oro, la *Antología de libros de pastores*, a cargo de Cristina Castillo Martínez, integra por primera vez fragmentos representativos de veinticinco libros de pastores con el objeto de proporcionar al investigador o al lector interesado un panorama amplio del género. En la *Antología* se privilegian aquellos rasgos particulares y novedosos de cada texto que determinan la evolución gradual de los libros de pastores hacia otros modelos narrativos, sin dejar de señalar las convenciones propias de esta vertiente de la prosa áurea: la omnipresencia de un universo amoroso, la convergencia de diversos casos de amor en una misma obra, el paisaje ameno que sirve de marco para las actividades propias del ocio pastoril (torneos, justas, bailes y canciones), la inclinación natural de los pastores a la poesía y a la música y la frecuente utilización de la materia bucólica para la creación de novelas en clave en donde los autores se reflejaban en los personajes.

Hasta este momento, las obras que proponían un corpus de libros de pastores como *La novela pastoril* de Juan Bautista Avalle-Arce y la *Bibliografía de los libros de pastores en la literatura española* de Francisco López Estrada, Víctor Infantes y Javier Huerta Calvo enriquecieron las investigaciones sobre el género con estudios de conjunto de las obras, en donde se analizaban sus influencias y particularidades, así como las fuentes bibliográficas auxiliares para su estudio; sin embargo, hasta el momento no se contaba con una antología que proporcionara no sólo el comentario crítico de cada uno de estos textos, sino un acercamiento directo a los libros de pastores por medio de fragmentos significativos a partir de los cuales el lector pudiera construir un concepto general sobre este tipo de prosa de ficción, considerando no sólo los rasgos compartidos, sino también las variantes y los elementos que transgreden la convención genérica. La valiosa labor de Castillo Martínez, que además implica un cuidadoso trabajo editorial de los libros de pastores conservados en su *editio princeps*, resulta de gran ayuda para divulgar, promover y revalorar esta línea de investigación que aún es campo fértil para el análisis.

La *Antología* preparada por Castillo Martínez consta de un corpus de veintiún libros de pastores, además de un Apéndice de cuatro obras en donde lo pastoril adquiere matices religiosos. Estos textos se seleccionaron de acuerdo con un criterio basado en la preeminencia de la temática pastoril debido a que la dificultad para establecer límites genéricos claros en la literatura de los Siglos de Oro ha provocado que algunas obras sean clasificadas como pastoriles cuando en realidad se trata de textos misceláneos que incluyen episodios caballerescos, moriscos, cortesanos o sentimentales. Por esta razón, Castillo Martínez ha dejado fuera de su corpus algunos de los títulos incluidos en la *Bibliografía de los libros de pastores* de López Estrada, Huerta Calvo e Infantes; y sigue la selección de veinte textos propuesta por Avalle-Arce en *La novela pastoril*, con la única salvedad de *La pastora*

de *Mançanares y desdichas de Pánfilo*, que Castillo Martínez añade a la *Antología*.

La presentación de la sección de “Textos” está precedida por una Introducción en la que la autora profundiza en los conflictos genéricos de los libros de pastores y enumera cronológicamente los títulos que integran su corpus. Asimismo, especifica los criterios de selección que sigue la *Antología*, cuyo propósito es evitar la reiteración de aquellas características por demás conocidas del género para privilegiar los elementos que transgreden la convención de los libros de pastores, como la presencia cada vez más frecuente de episodios violentos o de muerte, el humor que acerca a los pastores cultísimos de las primeras obras a los rústicos sayagueses de la comedia, la introducción de personajes de tercería al estilo de Celestina, la existencia de historias intercaladas, el uso que algunos autores hicieron del argumento pastoril como muestrario de sus habilidades poéticas en las academias literarias de la época y la inserción de argumentos moriscos. En la Introducción se presentan también los criterios de edición utilizados por Castillo Martínez para respetar en lo posible la composición original de los textos.

El corpus que incluye la *Antología* es el siguiente: *Los siete libros de la Diana* (1559), de Jorge de Montemayor; *Diana segunda* (1563), de Alonso Pérez; *Diana enamorada* (1564), de Gaspar Gil Polo; *Los diez libros de Fortuna de Amor* (1573), de Antonio de Lofrasso; *El pastor de Filida* (1582), de Luis Gálvez de Montalvo; *La Galatea* (1585), de Miguel de Cervantes; *Desengaño de celos* (1586), de Bartolomé López de Enciso; *Ninfas y pastores de Henares* (1587), de Bernardo González de Bobadilla; *El pastor de Iberia* (1591), de Bernardo de la Vega; *Los cinco libros intitulados de la enamorada Elisea* (1594), de Jerónimo de Covarrubias; *La arcadia* (1598), de Lope de Vega; *El prado de Valencia* (1600), de Gaspar Mercader; *Tragedias de amor del enamorado Acrisio y su zagala Lucidora* (1607), de Juan Arce Solórzano; *Siglo de Oro en las selvas de Erifile* (1608), de Bernardo de Balbuena; *La constante Amarilis* (1609), de Cristóbal Suárez de Figueroa; *El premio de constancia y los pastores de Sierra Bermeja* (1620), de Jacinto de Espinel Adorno; *Prosas y versos del pastor de Clenarda* (1622), de Miguel Botelho Carvalho; *Diana tercera* (1627), de Jerónimo de Tejeda; *La Cintia de Aranjuez* (1629), de Gabriel de Corral; *Los pastores del Betis* (1633), de Gonzalo de Saavedra y *La pastora de Mançanares y desdichas de Pánfilo*, único libro de pastores que se conserva manuscrito y cuyo autor, fecha y lugar de redacción aún se desconocen.

Dentro de la sección de “Textos”, cada selección incluye su propia Introducción, en la que se proporcionan datos generales sobre la obra y el autor. El esquema de estas secciones comprende información sobre el autor (lugar de nacimiento, otras obras publicadas, ocupaciones), datos relevantes, ya que con excepción de Cervantes, Lope

y Montemayor el resto de los autores son desconocidos. También se señalan, en este apartado, las influencias de la obra, en cuántos libros o capítulos se estructura, un esbozo breve del argumento y de los personajes que intervienen, los rasgos que la distinguen frente a los otros títulos del corpus, la calidad de los versos, y si se prometía una segunda parte que continuara los acontecimientos, aunque frecuentemente estas continuaciones nunca se realizaron. Complementa esta información la lista de “Testimonios” que se conservan del texto, en donde se menciona el lugar y fecha de impresión, así como la edición de la que se extrajo el fragmento correspondiente. La enumeración de testimonios sirve para proporcionar una idea acerca de la popularidad que tuvieron los libros de pastores, ya que si bien hay algunos, como *Los siete libros de la Diana*, de los que se hicieron varias ediciones, existen otros de los cuales sólo se conserva un ejemplar único. La información de estos apartados es conveniente debido a que los textos no se presentan en su totalidad, sino en fragmentos determinados, por lo que un panorama general del argumento y de los personajes ayuda al lector a comprender mejor la trama e intencionalidad de la obra.

A continuación se introduce el Apéndice, en el cual se agrupan cuatro libros de pastores que retoman el argumento pastoril como base para la creación de un contexto religioso: *Primera parte de la Clara Diana a lo divino* (1599), de Bartolomé Ponce, *Los pastores de Belén* (1612), de Lope de Vega; *Los sirgueros de la Virgen* (1620), de Francisco Bramón; y *Vigilia y octavario de san Juan Bautista* (1679), de Ana Francisca Abarca de Bolea. Los títulos de los libros de pastores religiosos no responden en su totalidad al concepto de divinización, que se aplica tan sólo a la *Primera parte de la Clara Diana a lo divino*, pues el resto son obras que reformulan al personaje pastoril para trasladarlo a un universo religioso como un pastor devoto y moral que no discute la fortuna y las desdichas del amor, sino la concepción de la Virgen o la adoración de Cristo; el paisaje arcádico sirve, asimismo, de contexto para la composición de versos devotos dedicados a figuras religiosas, por no mencionar las claras reminiscencias que la figura del pastor tiene con la tradición bíblica. La intencionalidad espiritual de esta vertiente de los libros de pastores responde, posiblemente, a las críticas y censuras que recibieron, pues, al igual que los libros de caballerías, el género fue objeto de severos juicios por presentar a sus lectores un mundo idílico cuya relación con la realidad era completamente inverosímil. El conflicto fue comentado incluso por Lope y Cervantes, quienes también recurrieron a la materia pastoril para introducirse en la prosa de ficción, pero que cuestionaron duramente la falta de verosimilitud de estos personajes capaces de crear ingeniosos versos en las riberas de un cristalino río para sufrir sus desdichas, actividades que distaban mucho de la cotidianidad de los ganaderos y pastores de la realidad.

La *Antología* concluye con una amplia Bibliografía dividida en dos secciones: la primera está dedicada únicamente a las ediciones de los libros consultados, dispuestas en orden cronológico. De los veinticinco libros de pastores incluidos en el corpus, doce de ellos carecen de una edición moderna y se conservan solamente en su primer ejemplar en la Biblioteca Nacional. La segunda parte de la Bibliografía comprende estudios sobre el género pastoril y temas afines. Las referencias incluidas por Castillo Martínez en este apartado constituyen un repertorio bibliográfico bastante completo que abarca desde las primeras investigaciones a propósito de los libros de pastores hasta trabajos recientes que permiten al lector determinar las líneas de estudio que ha seguido la crítica y las materias y obras que aún no han sido tratados de manera suficiente.

La *Antología de libros de pastores* representa el primer paso en la tarea de abrir los caminos para la investigación de este género, que por mucho tiempo ha sido poco atendido debido a la dificultad para acceder a los textos, a la falta de ediciones modernas de la mayor parte de ellos y, sobre todo, a la concepción generalizada acerca de que los libros de pastores son un tipo de ficción tediosa, en la que no pasa nada y donde únicamente se atiende a la expresión del sentimiento. Gracias a esta primera compilación de textos pastoriles se amplía el panorama, mostrando con ello que no sólo se trata de claros ejemplos de literatura de evasión –que crea universos ficcionales utópicos–, sino, también, de obras de gran calidad en el empleo del artificio poético, evidente tanto en la prosa como en las múltiples composiciones en verso que se mezclan finamente con técnicas narrativas capaces de asimilar elementos provenientes de otros tipos de ficción (como la caballeresca, la bizantina y la cortesana) e integrarlos con gran acierto a una estructura pastoril. La *Antología*, además, puede atraer la atención de los investigadores especializados en el estudio de estos textos y, en un futuro, probablemente, impulsar el surgimiento de proyectos editoriales que fomenten la divulgación del género entre círculos académicos y populares.

PAOLA ENCARNACIÓN SANDOVAL

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

XAVIER TUBAU, *Una polémica literaria: Lope de Vega y Diego de Colmenares*. Universidad de Navarra-Iberoamericana, Pamplona-Madrid-Frankfurt/M., 2007.

Al inicio de 1622 –o menos probablemente, a finales de 1621– Lope de Vega recibió en su casa de la madrileña calle Francos una carta